

EL BAILE

Ningún hombre normal puede llevarse bien con la violencia que llega a crimen. Pero cualquier hombre normal, aunque sólo sea en el subconsciente, considera las circunstancias de los casos que cuentan los periódicos y a unos les encuentra mejor explicación que a otros: explicación, decimos, que no justificación. De los sucesos que nos dejan en perplejidad, porque no hay por donde cogerlos, pongo el ejemplo reciente de un rapaz, estudiante en una conservadora provincia nuestra, disparando sobre la joven desdeñosa que "el pasado domingo, en una fiesta celebrada en esta comarca, se negó a bailar con él". Anótese, por favor, que ello acontece en el año 1969.

Antes, sí. Los bailes, por aquella disposición de su ceremonial, descarada evidencia de la oferta y la demanda, fueron taller propicio donde labrar lentos y dolorosos complejos. La chica que "come pavo", con ser compasible espécimen, no es nada si se la compara con el varón que toma la iniciativa, atraviesa el salón bajo muchas miradas, se acerca... y lo rechazan. Algunos había duros o cameladores, capaces de insistir, y a veces con resultado. Pero la mayoría de los recusados tenían que volver sobre sus pasos en uno de los mutis más difíciles de la escena humana. Cuando este quebranto da en repetirse -y al que le pasa una vez puede pasarle casi siempre-, no es raro que sobrevengan lesiones como para el psiquiatra. No lo sé, pero supongo que esto de los bailes se habrá tratado en algún simposio. El cine sí que lo ha hecho, por lo menos una película de hace tres lustros, que aún puede recordarse con admiración: la tierna historia de aquel grandón, "Marty", en el ambiente de los barrios latinos de Nueva York, tan propicios a la desolación de las almas. El realismo italiano -aquí sí que era "el espejo a lo largo del camino"- nos regaló capítulos muy vivos de la sociología del baile. Yo creí que sería exageración, hasta un primero de mayo que me asomé en Génova a un salón donde la naturaleza no imitaba al arte, pues lo sobrepasaba. Cuando por un momento callaba la orquesta, cada varón era un, peine saliendo del bolsillo hacia el primer espejo, y el jersey de las muchachas dejaba holgados a los que se admiraban en las películas de Vittorio de Sica.

Pero a veces, demasiadas veces, el resentimiento masculino no arraigaba en la psique, lo cual podría ser más sano para el Individuo, pero menos cómodo para la sociedad. Es cuando salía hacia fuera como un absceso, reventando en violencia. En los campos duros y apasionados de España el baile ha dado muchas cosechas de sangre, acaso tanto como las querellas por el riego. Por tierras de pan y olivo rodaba en tiempo una copla donde se narraba grave vejamen para cualquier varón, y, por

cierto, en términos de mucha gracia poética:

Como era tan bonita
le tiraban los sombreros.
Su novio le tiró el suyo
y no se agachó a cogerlo.

Esta delicia expresiva se aceraba luego con la tremenda, disparatada amenaza del ofendido:

A la salida del baile
me las tienes que pagar.
Te he de cortar la cabeza...
y la mano principal.

Y no era muy distinto en los salones de la ciudad -"Caballeros, 10 pesetas; señoritas, por invitación"- o en los estivales merenderos de sus afueras.

Un día las cosas empezaron a cambiar. Podemos decir cuándo fue: exactamente al implantarse la norma sufragista de que la mujer, igual que el hombre, le pasara por la taquilla. Este trámite pecuniario le daba el derecho de bailar con quien le diera la gana. O de estarse quieta, sin la disculpa de cansada o coja. El hombre, que mal se plegaba a otras razones, admitió que quien paga manda. Y envainó mucho, si no del todo, su agresividad.

Una de estas últimas noches he tenido ocasión de contemplar un baile, de los de ahora. Las chicas iban muy cortas, ¡hijas mías!, aunque no más que por la calle o a sus oficinas y talleres. En cambio, no he visto aquellos peligros del "agarrao", que tanto preocupaban a los moralistas; y hasta pienso que San Ambrosio -quien aconsejaba, creo recordar, que entre danzante y danzanta pudiera pasar un carro de hierba-, no tendría demasiados motivos de queja. Varones y hembras -piadosamente pensando, porque la distinción era arriesgada- se enfrentaban moviéndose a un ritmo más bien deportivo y gracioso, sólo procaz para quien llevase la procacidad en su propio corazón. Cerca de mí estaba un mozo solitario, llevando el compás alegre con los pies. Miraba alrededor y no debía de encontrar compañera. Entonces salió a la íntima pista circular y allí bailó de lo lindo, unas veces a palo seco, otras emparejándose en precario con la primera chica que le cuadraba enfrente, pronto reemplazada por otra distinta.

De los mozos que tenían pareja en propiedad, ninguno se enfadó por compartirla, aunque lo más probable es que ni llegasen a darse cuenta.

Es verdad que esto sucedía en la costa, pero ya se sabe que la cultura del mar, como en tiempo de los fenicios, termina metiéndose tierras adentro. Hoy los caminos son más rápidos. Y si en Zamora o en Albacete andan las cosas así, como es de suponer, son ganas de tirar de escopeta por un quítame allá ese baile.

Antonio PEREIRA